

ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS, Inmaculada, *Coleccionismo, ocio e Ilustración. La biblioteca del infante don Luis de Borbón Farnesio*, Granada: Editorial de la Universidad de Granada, 2024, 667 pp.

A finales del año pasado se publicó un magnífico trabajo de investigación, de esos que no pasan desapercibidos, a los que nos tiene acostumbrados/as la profesora Inmaculada Arias de Saavedra, una de las máximas especialistas en el estudio de las bibliotecas y la cultura del libro. Es la obra que más nos ha acercado a la personalidad de don Luis de Borbón Farnesio, uno de los infantes menos conocidos de la dinastía borbónica, y lo ha hecho a través del estudio de su extraordinaria biblioteca. Obtener indicios de una persona a través de sus libros no es una tarea fácil, como todos sabemos, ya que los catálogos de las bibliotecas no son indicadores fidedignos de las ideas, deseos y sensibilidad de sus propietarios, ni siquiera son una muestra de que hayan sido adquiridos y/o leídos por ellos. Se ha constatado, también, que muchas bibliotecas son heredadas, como ocurre con las familiares y asociadas al linaje, mientras que otras responden al ejercicio profesional de su propietario, como ocurre con los abogados, los comerciantes, los arquitectos, etc. Sin embargo, en el caso que nos ocupa nos encontramos ante una biblioteca muy personal, que se fue nutriendo de libros conforme discurría la vida del infante, desde sus primeras lecturas, seguramente al lado de su madre la reina Isabel de Farnesio, una gran lectora, y después marcadas por sus propias aficiones y por el hecho de que

le proporcionara un entretenimiento a la vez que un verdadero placer. Excepcionalmente la incorporación de la biblioteca completa del marqués de Gamonedá que compró en almoneda, fue su voluntad personal, junto a sus inquietudes y preferencias, las que marcaron las adquisiciones de una biblioteca que llegó a ser una de las más ricas y variadas de la época. La profesora Arias de Saavedra la califica como «una biblioteca privada extraordinaria de las que hay pocos ejemplos en la sociedad de su tiempo», debido al ingente número de títulos y volúmenes, al elevado valor material de sus ejemplares y a la riqueza de las encuadernaciones.

La obra que nos ocupa aparece dividida en dos grandes bloques. El primero comprende un estudio preliminar donde, de una parte, realiza una semblanza del infante a partir de su trayectoria vital y, de otra, hace una completa disección, a la par que un estudio pormenorizado, de la biblioteca, centrándose en los autores de los libros, su distribución por las distintas materias, las lenguas en que aparecen escritos, el lugar y fecha de las ediciones, el formato y la encuadernación, para terminar con el precio que tenían en el mercado. El segundo aborda en su complejidad el catálogo de la biblioteca, que va especificando en detalle en un catálogo general alfabético, seguido del estudio de un suplemento de libros que existen en la misma biblioteca, donde resalta los duplicados, los prohibidos y los sueltos. Además, para facilitar al lector la consulta, incluye un índice de autores, un índice de cuadros y gráficos y una relación de las abreviaturas utilizadas.

La autora desde el principio reconoce en el infante don Luis una personalidad sugerente y sugestiva, lo que repite varias veces a lo largo de la obra; su empatía hacia el biografiado no deja lugar a dudas, lo muestra como portador de una curiosidad innata hacia una gran variedad de asuntos que le hizo ser un gran coleccionista de arte y de ciencia además de un excelente mecenas de pintores y de músicos, que supo reunir un nutrido monetario, un admirable y original gabinete de historia natural y una extraordinaria biblioteca. No duda en confesar que unas palabras del historiador Antonio Domínguez Ortiz criticando el mal trato que le dio su hermano Carlos III fueron la motivación que le llevó a querer saber más de este olvidado personaje a pesar de ser un exponente de la Ilustración.

La biografía del infante comprende toda su vida a través de un itinerario que discurre desde su nacimiento en 1727 en el Real Alcázar, hasta su muerte en 1785 cuando contaba cincuenta y ocho años de edad. La autora realiza un recorrido por la trayectoria vital del biografiado, incidiendo en aquellas circunstancias que le marcaron, como su elevación al arzobispado de Toledo, la sede primada de España, cuando solo tenía siete años; su nombramiento como cardenal un año después, y la concesión de la administración temporal y espiritual del arzobispado de Sevilla en 1741. Las rentas que le reportaban los dos arzobispados eran muy elevadas, a las que se juntaron las correspondientes a una serie de encomiendas de las órdenes militares, de las que llegó a gozar treinta y cinco. Todo un cúmulo que le permitiría vivir holgadamente.

Sin ninguna vocación hacia el estado eclesiástico, cuando cumplió veintisiete años presentó al papa Benedicto XV su renuncia a la administración de los dos arzobispados, ya que su interés estaba puesto en otros derroteros como la práctica de la caza o la esgrima, su interés hacia los animales, los juegos de mesa y las mujeres. En 1761 compró el señorío de Boadilla del Monte, donde Ventura Rodríguez le construyó un palacio, y un año después adquiere el condado de Chinchón; a partir de entonces su vida transcurre entre Boadilla y Villaviciosa dedicado a la caza y al coleccionismo artístico y científico. Estas aficiones no le desviaron de estar al tanto de los proyectos de tipo ilustrado que iba realizando el gobierno, como sucede con las Sociedades Económicas de Amigos del País. De hecho, se incorporó a la Matritense como un socio más, y respaldó la creación de una sociedad en Chinchón.

A pesar de su insistencia en el matrimonio, para el que necesitaba la aprobación real, Carlos III le fue dando largas temiendo que su sucesión pusiera en peligro la de sus hijos y no fue hasta la promulgación de la Pragmática sobre los matrimonios de 23 de marzo de 1776 en que daría su licencia. Pero lo hizo en unas condiciones totalmente inhumanas y degradantes, incluso vejatorias, para el infante, que debió renunciar a sus derechos al trono y mantener su residencia fuera de la Corte. También impuso unas condiciones onerosas a su futura esposa, que debía tener una condición social inferior, y a sus hijos, a los que privaba del apellido Borbón y de gozar de las prerrogativas de su padre. La elección recayó en María Teresa

Vallabriga, sobrina del marqués de San Leonardo y nieta de la condesa viuda de Torreseca; ella tenía diecisiete años y él cuarenta y nueve. La boda se celebró en junio de ese año sin publicidad y sin recibir las felicitaciones pertinentes de aristócratas y cortesanos. Fue un matrimonio de conveniencia, como era habitual en la época, que engendró cuatro hijos –Luis María, Antonio María, María Teresa y María Luisa–, siendo sometidos sus miembros al más puro ostracismo. Una situación de aislamiento social que hizo mella en la esposa, contribuyendo a su deterioro con el paso del tiempo. Los últimos años de vida del infante no debieron ser nada agradables a nivel personal, un hecho que seguramente le hizo volcarse aún más en su faceta de coleccionista.

En el estudio pormenorizado de su extraordinaria biblioteca, la profesora Arias de Saavedra no duda en concluir que se trata de una colección de libros de uso privado y de entretenimiento; libros que fueron reunidos poco a poco por su dueño, guiado por su propio interés y con una cierta voluntad de representación, queriendo mostrarse como una figura importante por su faceta cultural. El inventario consigna 1.277 títulos y 2.959 volúmenes, con un valor de 233.460 reales, menor en número que la de su madre, pero mayor que la de su hermano Carlos III. Entre los 1.417 autores presentes, los españoles conforman el 58,39 %, perteneciendo en su mayoría al siglo XVII, y estando los laicos muy por encima de los eclesiásticos, en su mayoría pertenecientes a las órdenes religiosas. Las materias, muy diversas, aparecen desglosadas en detalle en el cuadro de la página 83,

y reflejan los gustos y aficiones de su propietario a lo largo de su vida. No deja de ser llamativo que el grupo que reúne el mayor número de libros pertenezca a la literatura –un 31 %–, donde se encuentran los autores más significativos de la literatura española –el Siglo de Oro al completo–, de la clásica grecolatina y la de los principales países europeos –francesa, italiana, inglesa y portuguesa–. Seguida de cerca por la historia, universal y de España, con un 18,51 % y la religión con un 14,21 %. El resto, por debajo del ocho por ciento, pertenece a las ciencias –historia natural, medicina, arquitectura, astronomía y navegación, matemáticas y agricultura; derecho civil, canónico y natural; el pensamiento político de los siglos XVI y XVII; la filología, la bibliografía y la retórica; la geografía y los viajes; la filosofía; diccionarios; la economía política; la pedagogía y la prensa periódica–.

En todas esas materias, donde conviven la tradición con la modernidad, destaca el hecho de que el infante parece estar al tanto de las ideas más novedosas que circulaban por Europa; así entre los libros de historia hay una notable representación de las corrientes historiográficas más avanzadas de la época. Entre las obras científicas destacan las relacionadas con el higienismo, el problema de la lactancia o la utilidad de la quina. También estaban presentes los filósofos más significativos del siglo XVIII como Montesquieu, Voltaire, Rousseau y Robinet. Su fascinación por la economía política se refleja en las obras de los arbitristas y también en la de los proyectistas de la centuria ilustrada como Bernardo Ward. Igualmente sobresale su interés por la pedagogía,

lo que se traduce en la inclusión de obras dedicadas a la educación de la juventud. Tampoco podía faltar la presencia de la prensa periódica en los anaqueles de su librería; además de *La Gazeta de Madrid*, se hallan ejemplares del *Diario de los Literatos de España*, el *Correo Literario de Europa*, el *Memo-rial literario, instructivo y curioso de la Corte de Madrid*, los *Discursos mercuriales* o el *Correo General de España*. De manera separada aparece un listado de libros prohibidos –76 volúmenes y 29 títulos–, donde están presentes autores tan dispares en el tiempo y en la temática como Ovidio, Apuleyo, La Fontaine, Maquiavelo, Melanchthon, Calvino, Pierre Bayle, Voltaire, Rousseau o Perkins, junto a un ejemplar del Corán y varios textos religiosos judíos. Curiosamente también aparece en ese grupo el *Fray Gerundio* del padre Isla.

En definitiva, estamos ante una obra imprescindible para conocer a don Luis de Borbón y Farnesio, uno de los personajes reales más fascinantes de la dinastía borbónica del siglo XVIII. Un infante cuyas circunstancias personales, al no estar destinado a ningún gobierno, le permitieron disponer de tiempo y grandes recursos que pudo dedicar a sus aficiones y pasatiempos. De una enorme cultura, apasionado del arte, de la música y de las ciencias, no solo se revela como un gran coleccionista y mecenas de artistas, sino como un verdadero exponente de la Ilustración a pesar del ostracismo de que fue objeto. Dicho conocimiento ha sido posible gracias al trabajo llevado a cabo sobre su biblioteca por la profesora Arias de Saavedra.

Gloria FRANCO RUBIO